

CAPITULO II.

Donde Aguado empieza á seguir al pié de la letra los consejos de la gitana.



Los temores del caminante habian sido infundados. La corte debia permanecer aún algunos dias en Valladolid.

Despues de acicalarse el viajero, se dirigió á palacio á pedir á los reyes una audiencia, con el objeto, segun anunció, de poner en manos de SS. MM. cartas del almirante Cristóbal Colon, del padre Boil y del doctor Chanca.

Inmediatamente fué trasmitida la noticia á los reyes, y como aguardaban con impaciencia la llegada de emisarios de las Indias, se apresuraron á recibir al enviado de Colon, que se hizo anunciar con el nombre de Juan de Aguado.

En efecto; éste era el que con Gorbalan habia partido de la Isabela, conduciendo á bordo los documentos en que daba noticia el almirante de todo cuanto habia hecho, y enviando algunos indios y españoles que por efecto de sus enfermedades regresaban á España.

Gorbalan se habia quedado con los indios y con los viajeros en Sevilla.

Aguado se habia anticipado para poner en manos de los reyes las cartas de que era portador.

Tambien habia llegado á bordo de una de las carabelas Américo Vespucio, que, como recordará el lector, gracias á la condescendencia de Márcos Caña, patron de uno de los bu-

ques, pudo ponerse en camino, ocupando el puesto destinado à Isabel Monteagudo.

Américo Vespucio no se detuvo en Sevilla.

Desertando, por decirlo así, aprovechó el primer buque que salió con rumbo á Italia para dirigirse á Florencia y calmar la ansiedad que experimentaba su alma acerca de la suerte que los celos de D. Alfonso habian reservado á su afligida esposa doña Esperanza.

Ya sabremos cuál fué el resultado de su viaje más adelante.

Cúmplenos ahora acompañar á Aguado hasta la régia cámara, en donde ántes que todo presentó la carta de recomendacion que, acreditándole cerca de los reyes, le habia dado el almirante.

En esta carta decia Colon á SS. MM. que el dador de ella se habia hecho acreedor á toda clase de consideraciones por la actitud que habia desplegado, por la sumision de que habia hecho gala, por las cualidades que le adornaban; y eran tan vivos y tan vehementes los elogios que de él hacia, que los reyes no podian ménos de atenderle y honrarle con su real proteccion.

Felicitáronle por sus virtudes, por su comportamiento, y recibiendo de sus manos las cartas que llevaba, le mandaron volver para ver qué es lo que hacian en su obsequio, puesto que tan acreedor se habia hecho á sus mercedes.

Apénas salió de palacio preguntó cuál era la habitacion de Inés Sampayo, para quien Colon le habia dado una carta acreditándole cerca de ella y de sus hijos.

Fué á visitarla en ocasion en que los jóvenes pajes de don Juan estaban en palacio.

Inés le recibió con las mayores muestras de benevolencia, haciéndole repetidas preguntas acerca del estado de Cristóbal Colon.

Fueron tan grandes los elogios que hizo Aguado del almirante, que la antigua camarista de Beatriz, deseosa de que oyeran Diego y Fernando hablar de su padre con tanto entusiasmo, le rogó que volviese á verla, no ocultándole la satisfaccion con que le veia y escuchaba.

Aguado, que despues de lo que habia oido decir á la gitana, consideraba á aquella mujer como la llave de la realizacion de sus deseos, prometió complacerla, y al separarse de ella se fué prendado de su hermosura.

Inés aguardó con ánsia la llegada de Fernando y de Diego para comunicarles las buenas noticias que habia recibido del almirante.

La infeliz sufría mucho porque todos cuantos esfuerzos hacia para destruir la melancolía que experimentaba Diego, eran inútiles.

El jóven no habia podido olvidar á María.

El recuerdo de su imágen le perseguia á todas partes, y no hacia más que cumplir estrictamente con sus deberes y volver á encerrarse en su habitacion, en la que pasaba horas y horas en medio de la soledad, sin que bastasen las caricias de aquella cariñosa jóven que hacia las veces de madre á su lado, el cariño que le profesaba su hermano Fernando y las infantiles gracias de Isabel, la hermosa niña hija de Beltran é Inés, sin que bastasen, repito, á sacarle de su abatimiento, á alegrar un instante los horizontes de su vida.

Diego no tenia más que un deseo: el de abandonar la corte; el de correr al lado de su padre á compartir con él los peligros que le amenazaban; el de buscar el olvido en los azares de la guerra; el de alejar los tristes pensamientos que le atormentaban con el espectáculo de lo desconocido, que á cada instante se ofrecia grandioso á su imaginacion.

Así es que las noticias que tuvo de su padre le animaron

un poco, é Inés recibió con la mayor cordialidad á Aguado, porque estaba segura de que en cuantas ocasiones pudiera hablar con Diego, su conversacion le sacaria del desaliento en que estaba, distraeria su espíritu y mitigaria algun tanto sus penas.

Pero Aguado, que habia vuelto á ser recibido por los reyes, y oido de sus labios la promesa de que no olvidarian sus servicios, de que los premiarían de una manera espléndida en breve, para calmar la sed de ambicion que le devoraba y al mismo tiempo para satisfacer un liviano deseo que se habia apoderado de sus sentidos, en vez de ir á casa de Inés cuando estaba Diego, aprovechaba todas las ocasiones en que el cumplimiento de su deber llamaba al jóven á palacio, é iba á ver á la desventurada esposa cuando estaba sola.

El ferviente cariño que demostraba hácia Colon, la costumbre de verle, la actitud franca y sincera que con ella guardaba, aumentaron el afecto que se tenían y establecióse entre los dos una especie de intimidad respetuosa, de la que Aguado fué aprovechándose poco á poco para explorar el corazon de Inés.

La jóven esposa no habia olvidado al hombre que tanto amor le habia inspirado, y que por causa de su hermosura habia perecido de una manera tan trágica.

Aunque ya no existia servíale su recuerdo de eterno compañero, y por nada del mundo entregaria su voluntad á otro hombre, que mancharia la honra póstuma del que por tantos títulos se habia hecho acreedor á su cariño y á su gratitud.

En vano habia tratado el ambicioso pretendiente de demostrarle que serian olvidados por el tiempo los sacrificios que hacia en obsequio de los dos jóvenes que le habia confiado Colon.

En vano le habia pintado el abandono en que ella se veria

más tarde, cuando colmados de honores y riquezas aquellos descendientes de una familia oscura, renunciasen por no necesitarlos ya á sus servicios.

En vano le habia mostrado la necesidad que tenia de un nuevo esposo, que fuese al mismo tiempo padre para su hija.

A todas las observaciones habia contestado Inés encomiando los buenos sentimientos del almirante y de sus hijos, mostrándose bastante fuerte para poder por sí sola salvar á su hija de los peligros que corria, manifestándole terminantemente su resolucion de guardar eterna fe al hombre que habia muerto en sus brazos, legándole su honra por herencia.

Juan de Aguado no desmayó por esto.

Empleó todos los medios para ganar el ánimo de Inés, le insinuó los deseos que tenia de conseguir apartarla de sus pensamientos, de alcanzar su amor, y la jóven llegó á verse en una situacion apurada.

Era don Juan galante caballero.

No tenia motivo para despreciarle.

Por otra parte, á juzgar por sus palabras, profesaba á Cristóbal Colon un afecto, una veneracion, un entusiasmo sin límites, y como tantos favores le debia la triste esposa de Beltran, se hallaba en la dura alternativa de parecer ingrata, de condenar al sufrimiento á un hombre que tantos títulos tenia á su consideracion, ó de sacrificar á su gratitud el culto que rendia y la fe de su alma á la memoria del padre de su hija.

Diego estaba continuamente triste.

La herida que habia recibido su alma continuaba abierta y los esfuerzos que habia hecho Inés para consolarle habian sido estériles.

No por eso habia dejado el jóven de conocer el interes que despertaba en el corazon de aquella pobre viuda, y se habia prometido muchas veces corresponder á su leal afecto.

Por aquel tiempo, gracias á los desvelos de la Reina Católica, habia un medio de que Diego encontrase alivio á sus penas.

Aquella ilustre soberana, que habia pasado los primeros años de su vida en Arévalo, en la soledad, al lado de su tierna y cariñosa madre, obedeciendo á sus naturales inclinaciones habia procurado hallar en la ilustracion la luz que habia empezado á brillar en el reinado de don Juan, su padre, y que si no se habia extinguido se habia ocultado durante los tristes días de la dominacion de Enrique IV.

La poesia y la música habian ofrecido el espectáculo de la belleza á la reina Isabel, y como el culto de lo bello habia despertado en su alma sentimientos nobles y generosos, creia aquella excelsa reina que produciria el mismo efecto en las demas clases de la sociedad, y á este fin procuró, cuando alejados de España los árabes pudo echar los cimientos de la gran monarquía española, reunir á todos los hombres doctos de la época, tanto nacionales como extranjeros, honrarles con su consideracion y encomendarles no solo la enseñanza de sus hijos, sino la de los descendientes de las familias más distinguidas de la corte, amparando á aquellos jóvenes plebeyos que por su clara inteligencia y su constante aplicacion aspiraban á salir de su esfera y á formar parte de esa otra aristocracia del talento, cuyas semillas se arrojaron entonces y han venido fructificando hasta dar á nuestra época sus más preciados frutos.

La reina habia estudiado el idioma latino, que era el que entonces servia para escribir á los sabios, con el objeto de entenderse todos gracias á aquella lengua universal, y al mismo tiempo porque era el idioma diplomático, el idioma en que se entendian entre sí las naciones para llevar á cabo sus pactos y alianzas, para tratar toda clase de negocios.

El ejemplo de la reina habia animado á muchas damas, y ¡cosa extraña! las mujeres que más tarde, en el siglo XVIII, habian de volver á caer en el oscurantismo, habian de considerar como cosa supérflua y dañina los conocimientos de la lectura y de la escritura, impulsaron el vuelo de la inteligencia, llegando hasta el punto de aparecer en las universidades de Salamanca y de Alcalá mujeres ilustradas que explicaban los principios de las humanidades.

Una ilustre matrona, doña Beatriz de Galindo, conocida en la historia de las letras españolas con el nombre de la *Latina*, epíteto que ha llegado hasta nosotros y que se conserva en un establecimiento de Beneficencia que fundó en Madrid y que aún existe para honra suya, fué la que inició en los secretos del idioma del Lacio á la reina Isabel.

Los hombres doctos, como la mariposa á la luz, acuden siempre á las naciones en donde los soberanos dispensan proteccion á las letras y honran á los que las cultivan.

Llegaron, pues, á España invitados por la excelsa Isabel, entre otros humanistas, el famoso Pedro Mártir, italiano, á quien debió España sin duda alguna su importancia científica y literaria, no solo en el reinado de los Reyes Católicos, sino más tarde cuando la nacion española estaba al frente de todas las de Europa, y podia exclamar uno de sus reyes "que nunca se ponía el sol en sus Estados."

Esperanza no solo de los reyes, sino de la nacion entera, el infante don Juan, pusiéronle bajo la direccion de Pedro Mártir, y dispuso la reina que algunos de los hijos de los nobles que más tarde debian ser adictos servidores de su hijo, fuesen sus compañeros de enseñanza.

Sus pajes, entre los que se hallaban, como recordará el lector, Diego y Fernando, obtuvieron la gracia de asistir á las lecciones que á su régio discípulo daba asiduamente Pe-

dro Mártir, y penetrando los misterios de la ciencia, deleitando su imaginacion con las bellezas de la literatura, podian los que hasta entónces habian considerado como única ocupacion digna de su alcurnia la carrera de las armas, convenirse de que las letras aumentaban su brillo, miéntras que Diego Colon, recordando las lecciones que en los primeros años de su vida habia recibido del venerable prior del convento de la Rábida, fray Juan Perez de Marchena, hallaba nuevos horizontes en los que recrear su vista y consuelos dulcísimos que le aliviasen de las amarguras que habia experimentado su corazon con el primer amor que habia sentido.

Los frutos de esta cultura empezaba á notarse en todas partes.

La literatura se generalizaba.

La imprenta, protegida por la reina, multiplicaba los ejemplares de las obras, que hasta entónces habian sido patrimonio exclusivo de los soberanos y de los grandes por lo costo de las copias.

Todo anunciaba una nueva era.

Al imperio de las armas habia sucedido, para consolidarse, el de la ilustracion, y las universidades públicas comenzaban á poblarse de estudiantes; sus maestros eran objeto de continuas distinciones por los reyes y los grandes de la corte, y si debia influir poderosamente aquel movimiento en la grandeza de la nacion, tambien debia calmar la angustia del paje del infante don Juan y despertar en su hermano Fernando, que comenzaba á comprender cuanto en torno suyo habia, la aficion al estudio que debia proporcionarle más tarde la honra de ser historiador de su padre y dejar su nombre á la posteridad como el de uno de los escritores más doctos de su tiempo.